



## EL CABALLO DE TROYA Relato de Graciela Montes – Ilustración Liliana Menéndez



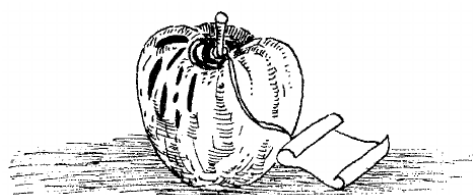
No hubo en los tiempos antiguos una guerra más famosa que aquella en la que pelearon los griegos contra los troyanos. Y esta guerra terrible, que duró más de diez años y en la que lucharon y murieron muchísimos héroes empezó, según cuentan, ¡con una manzana!

Parece increíble, es cierto, pero los griegos aseguraban que era la pura verdad.

Fue el día del casamiento entre Peleo y Tetis, la diosa del mar, que fue, según parece, un casamiento fabuloso, en el que había cientos de mesas cubiertas de manjares y al que

fueron invitados todos los dioses.

Bueno, todos no: igual que en el cuento de la Bella Durmiente, hubo una diosa, Eris, la diosa de la Discordia –que es como decir la diosa de las peleas y los líos-, que no figuraba en la lista de invitados.



les

Eris no fue a la fiesta, pero, eso sí, mandó un regalo: una hermosa y reluciente manzana de oro (tal vez arrancada del jardín de las Hespérides, el huerto maravilloso de los confines del mundo). Una manzana... y un mensaje, que decía: “Un obsequio para la más hermosa de la fiesta”.

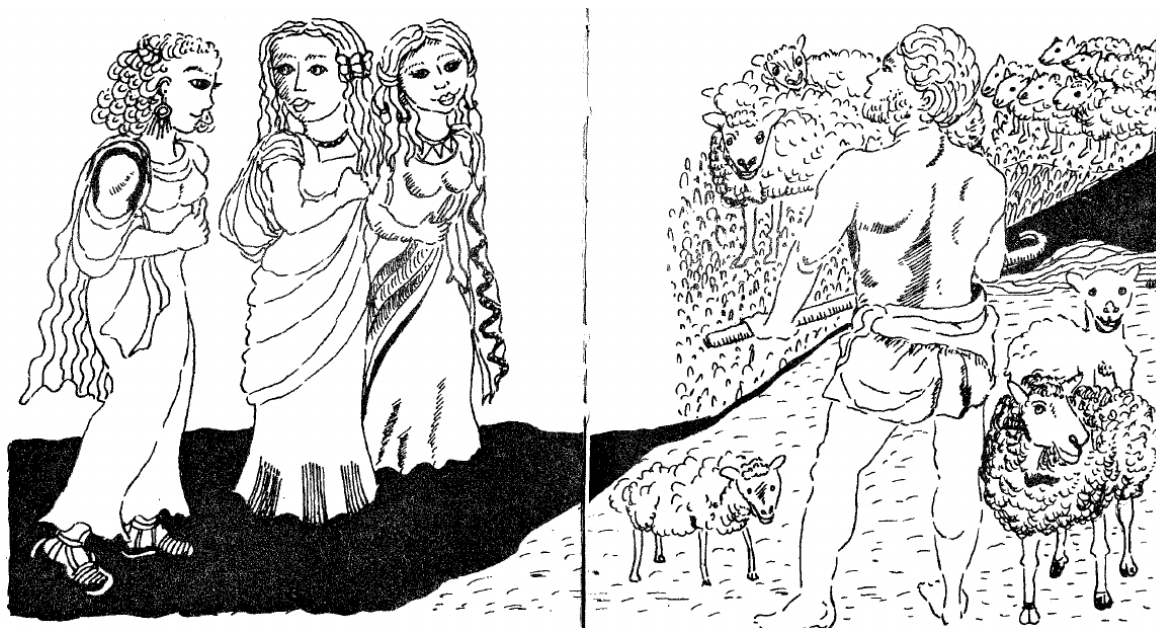
¡Para qué! Hubo por lo menos tres diosas –Hera, la esposa de Zeus; Atenea, la diosa de la inteligencia, y Afrodita, la diosa del amor- que se abalanzaron sobre la manzana, seguras las tres de que la merecían. Se armó una discusión terrible y estuvieron a un tris de agarrarse de los pelos porque las tres eran muy decididas y estaban acostumbradas a hacer su voluntad.

Parece que anduvieron varios años peleadas y discutiendo por la famosa manzana.



## Taller literario *Seminare*

Por fin las convencieron de que buscaran a algún mortal que fuese imparcial y que juzgase cuál de las tres era la más hermosa y la que merecía por lo tanto quedarse con la manzana. Buscaron y encontraron a un muchacho joven y buen mozo, un pastor. Se llamaba Paris y era el hijo de Príamo, el rey de Troya, un reino vecino al de Grecia.



Ahí estaba Paris, muy tranquilo, cuidando su manada, cuando se le presentaron de golpe estas tres diosas, hermosísimas y furiosas, y le preguntaron casi a coro:

-¿Quién es la más hermosa?



París dudó bastante en dar una respuesta; las tres le parecían espléndidas, bellísimas. Pero las miró bien durante un largo rato y luego se decidió: la más bella era para él la diosa del amor, Afrodita. De modo que fue

Afrodita la que se adjudicó la manzana, y, aunque no pudo pegarle un mordisco, la frotó muchas veces contra su túnica hasta sacarle brillo.

De más está decir que, a partir de ese momento, Paris tuvo una gran amiga... y dos enemigas feroces.

Afrodita, agradecida y feliz, le prometió que le daría por esposa a la mujer más hermosa de toda Grecia, que era –según los griegos, claro– el lugar donde vivían las mujeres más bellas de la tierra.



## Taller literario *Seminare*

Sin embargo, eso era fácil de decir, pero bastante difícil de lograr. La mujer más hermosa de Grecia que era Helena, ya tenía un marido: Menelao, el rey de Esparta.



Pero para los dioses nada es imposible. Afrodita se embarcó hacia Grecia junto con Paris y llegó con él a Esparta. Consiguieron que Menelao alojara al troyano en su palacio... y se robaron a la esposa. Se la llevaron con ellos a Troya. Aunque no por la fuerza: hay que reconocer que Helena no protestó ni un poquito porque, engañada por las artes de Afrodita, se había enamorado de Paris, su raptor.

Ahí empezó la guerra.

Cuando Menelao se dio cuenta de que le habían robado Helena se puso furioso y juró que la iba a recuperar aunque para eso tuviese que arrasar la ciudad de Troya.

Empezaron los preparativos, que fueron muy largos y muy difíciles y duraron varios años. Troya era una ciudad grande y poderosa y Menelao no podía emprender la guerra solo; necesitaba la ayuda de los otros jefes griegos. Poco a poco se fue armando un gran ejército, en el que se aliaron muchos héroes: cada uno con su batallón de soldados. Estaba Ulises, el de la isla de Ítaca; Agamenón, el rey de Micenas y hermano de Menelao.

Áyax, el guerrero gigante, Diomedes, Néstor, y, sobre todo, Aquiles, el hijo de Tetis y Peleo —los mismos Tetis y Peleo en cuya boda había caído la manzana de la discordia—, que era solo un adolescente, pero tan valiente y tan fuerte que se convirtió muy pronto en el héroe máximo de esta guerra.

Partieron una mañana de mucho viento. Los comandantes Agamenón, el rey de Micenas, e iban decididos a recuperar Helena.

Cuando llegaron a las costas de Troya, los troyanos salieron a recibirlos armados de la cabeza a los pies, para impedirles el desembarco. Ese fue el día de la primera batalla. Seguirían muchas otras, en una guerra que duró muchos años y fue muy sangrienta.

Pero, como nosotros estamos interesados por el famoso caballo, que todavía no ha aparecido, no vamos a contar todas las muertes, las luchas, las venganzas y los horrores de esa pelea feroz en la que no solo intervinieron griegos y troyanos, sino también dioses y diosas, que apoyaban a sus héroes favoritos y les hacían zancadillas a los que les tenían rabia.

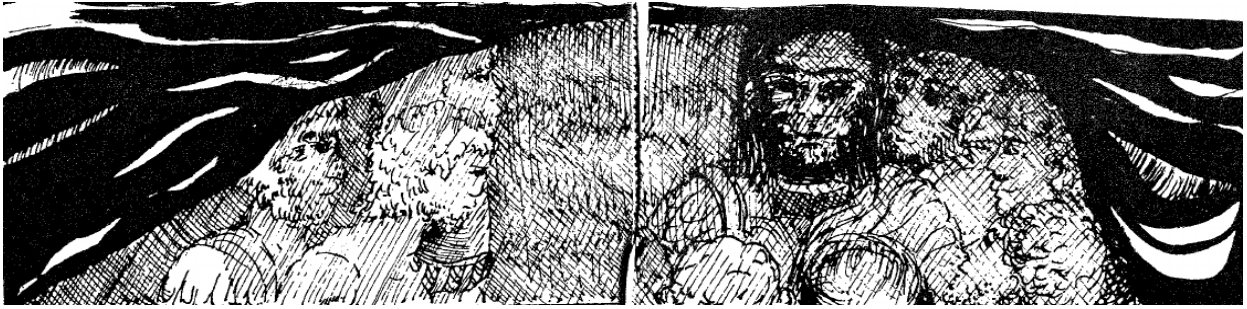
Pero se ve que las fuerzas eran parejas, porque pasaba mucho tiempo, los héroes iban muriendo uno tras otro, pero las cosas seguían igual: los troyanos encerrados en su ciudad rodeados de murallas y los griegos acampados en la costa, cerca de sus barcos, sitiando a los troyanos año tras año.



## Taller literario *Seminare*

Troya resistía.

Según los troyanos, era gracias a una famosa estatua de Atenea que había en la ciudad. Se llamaba Paladión y, según creían muchos, había caído del cielo y protegía a la ciudad de todo daño.



Fue por eso que Ulises, que era realmente muy astuto, y su amigo Diomedes urdieron una estratagem. se disfrazaron, lograron entrar a la ciudad y, sin que nadie lo notase, robaron la estatua.

Pero no fue suficiente. Al parecer la magia de la Paladión perduraba porque Troya siguió resistiendo y los griegos sentían que se iban desanimando más y más.

-Bueno –dijo Ulises una noche mientras compartían la comida en el campamento y el viento soplaba tan fuerte que les tiraba arena en los ojos-, ya es hora de terminar con esta guerra de una vez por todas.

Los demás jefes que estaban acostumbrados a escuchar con mucho respeto sus palabras porque siempre encerraban buenas ideas, lo miraron con desconcierto: todos querían terminar con la guerra, claro está, pero ninguno estaba dispuesto, a esta altura, a irse así como así... sin Helena.

Entonces Ulises terminó de tragar su trozo de pescado y dijo sonriendo:

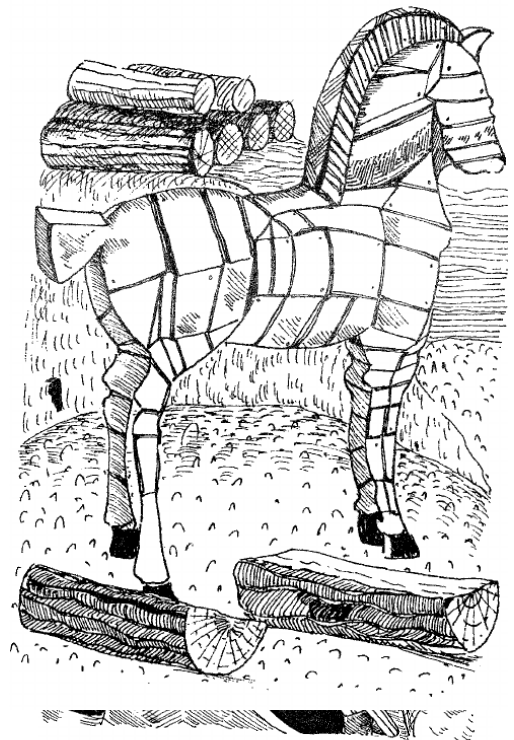
-Tengo un plan.

Y ahí sí que estallaron todos en sonrisas y en preguntas y se acercaron bien al más ingenioso e inteligente de todos los griegos para oír lo que tenía para decir.

-¿Saben lo que vamos a hacer? ¡Vamos a hacerle un regalo a los troyanos!

-¿Un regalo? –murmuraron los demás, pensando que tal vez Ulises, con tantos años de guerra, había empezado a volverse loco.

-Sí, un regalo: un caballo.



## Taller literario *Seminare*

Y entonces les contó su plan genial: iban a construir un caballo, un enorme caballo de madera enormísimo, alto como una casa y hueco... Hueco, pero no vacío: estaría relleno de los soldados más valientes y fuertes del ejército. Lo dejarían en la playa, como una inofensiva estatua, y fingirían alejarse rumbo a Grecia con sus barcos. Cuando los troyanos vieran el caballo gigante abandonado en la costa no resistirían la tentación de llevarlo a la ciudad. Entonces, en cuanto estuviesen del otro lado de los muros... En fin, lo demás cualquier podía imaginárselo: sería el fin para los troyanos.

Era un plan estupendo.

Tardaron varios meses en talar los árboles y aserrar los troncos, en clavar, en ensamblar... y también en pulir y adornar porque Ulises insistía en que tenía que ser un bello caballo para que los troyanos no pudieran resistir la tentación de apropiárselo.

Por fin lo terminaron. Medía como cuatro metros de alto en su interior, un poco apretados pero bastante bien acomodado entraron un montón de guerreros, armados de pies a cabeza, listos para entrar en combate.

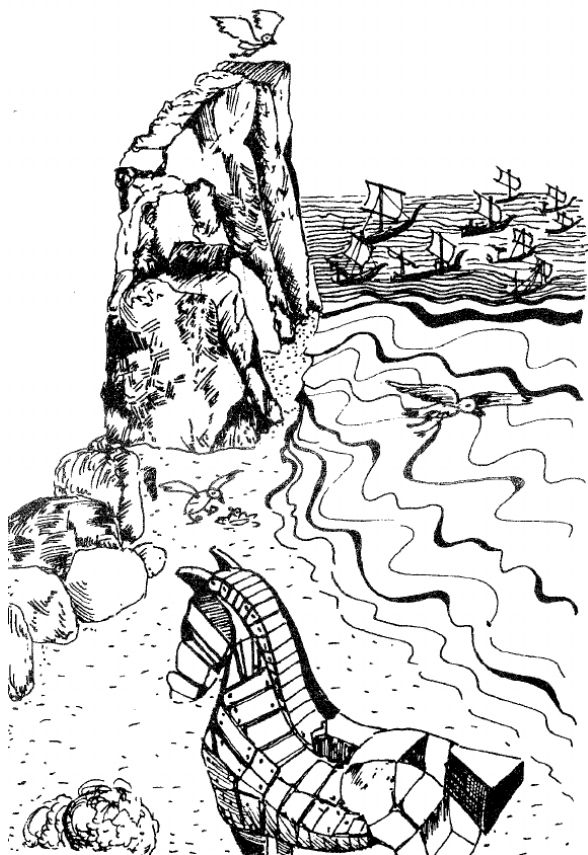
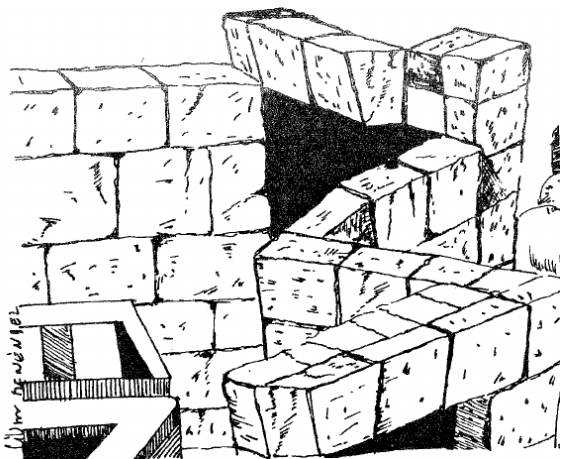
Al día siguiente los demás griegos se embarcaron

zarparon, alejándose de la costa.

Los troyanos no podían creer lo que veían desde lo alto de las murallas: la costa dónde durante años había estado el campamento griego se veía ahora nuevamente solitaria y sólo las gaviotas iban de acá para allá picoteando restos de comida.

Sin embargo, algo había. En el medio de la arena se erguía un enorme, un monstruoso caballo de madera.

-¡Se terminó la guerra! ¡Se terminó la guerra! –gritaban los chicos y las mujeres.



## Taller literario Seminare



Y todos salieron atropellándose de la ciudad y fueron a caminar y a corretear por la playa, como no hacían desde tanto tiempo atrás.

Muy pronto se formó un gran grupo de curiosos alrededor del misterioso caballo.

Algunos aconsejaban entrarlo a la ciudad y otros desconfiaban y decían que lo más prudente era quemarlo.

Hubo un troyano, sobre todo, Laocoonte, que veía con muy malos ojos esta especie de regalo que les habían dejado los griegos. Daba vueltas y vueltas alrededor de la estatua frunciendo las cejas. Luego buscó un palo grueso, se acercó al vientre del caballo y lo golpeó con fuerza. Sonaba hueco, con un sonido que casi parecía un gemido.

-Este caballo es peligroso –dijo-. No hay que entrarlo a la ciudad.

-Laocoonte dice la verdad –lo apoyaron los viejos.

Y el truco del caballo relleno de guerreros estuvo a punto de fracasar y todo estuvo a punto de perderse, de no haber sido porque, en ese preciso momento, llegó al lugar un grupo de soldados troyanos trayendo a la rastra a un prisionero, un griego rezagado que habían descubierto escondido en el bosquecito de álamos que había junto a la costa.

-¿Quién sos? ¿Por qué no fuiste con los demás?

El prisionero parecía temblar de miedo.

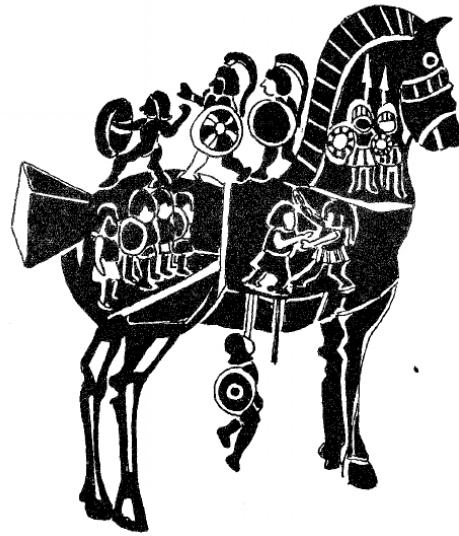
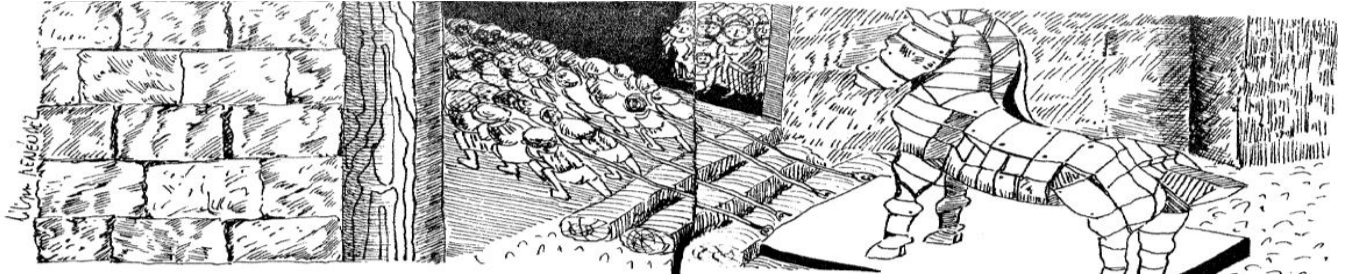
-Mmmme llamo Sinón –balbuceó- y estoy aquí por culpa de Ulises, del maldito Ulises, que no quiso llevarme con él.

Y se dedicó a maldecir a Ulises en todos los tonos posibles. Tan furioso y tan desesperado parecía que los troyanos empezaron a creerle y le preguntaron por ese extraño caballo de madera.

-Es un regalo para Atenea –dijo Sinón-. Los griegos saben que está furiosa desde el día en que robaron la Paladión. No saben qué hacer para ganarse el perdón. Ulises pensó que, con una estatua así, tan enorme podrían tal vez aplacar su furia...



## Taller literario Seminare



Eso bastó para que el bando de los que querían quedarse con el caballo ganase la partida. Ni uno solo de ellos pensó que Sinón no era sino un truco más de esos que sabía prepararles a los enemigos el muy astuto y muy ingenioso Ulises. Ni uno solo dudó de sus palabras.

Entre los gritos de entusiasmo de los chicos y el esfuerzo de los grandes, el caballo fue llevado hasta la puerta de la ciudad, rodando sobre troncos de álamo. Pasó los muros y quedó instalado, gigantesco bellísimo, en medio de la plaza. Todos los que pasaban opinaban que era un espléndido regalo.

Sin embargo, encerraba solo tristeza.

Esa misma noche salieron de su vientre sigilosamente muchísimos guerreros armados hasta los dientes que degollaron y atravesaron con sus espadas un troyano tras otro hasta la salida del sol.

Y ese fue el fin de la guerra de Troya, la pelea más grande de todos los tiempos, que empezó con un regalo... y terminó con otro.